

Pandemia de coronavirus: ¿y después?

Marcelo Colussi

mmcolussi@gmail.com,

<https://www.facebook.com/marcelo.colussi.33>

<https://www.facebook.com/Marcelo-Colussi-720520518155774/>

<https://mcolussi.blogspot.com/>

Acaba de aparecer el libro “El Antropoceno en Crisis y otras tantas Pandemias y Misceláneas”, dedicado al estudio del Covid-19. Participan allí numerosos autores de varios países: Atilio Borón (Argentina), Irma Alicia Velásquez (Guatemala), Alicia Castellanos (México), Baljit Banga (Reino Unido), Isabel Hernández (Chile), Miguel Girón (Suiza), Roberto Godoy (Canadá), etc.

<https://amzn.eu/d/6hzKPaq>

Se presenta aquí uno de sus capítulos, de Marcelo Colussi.

“Si lo que se gasta en medios de destrucción se hubiera empleado en salud, todo sería distinto”.

Silvio Rodríguez

I

La pandemia de COVID-19 que se desplegó por todo el mundo a partir de inicios del 2020 ha abierto innumerables interrogantes. Los impone desde distintos ángulos: biomédicos, epidemiológicos, ecológicos, económicos. Este texto pretende situarse en una lectura sociopolítica del asunto, preguntándose básicamente por lo que seguirá a la pandemia en términos civilizatorios.

La misma no ha terminado; más aún: expertos en el tema hablan de la perspectiva de otras nuevas. El director de la Organización Mundial de la Salud -OMS-, Tedros Adhanom Ghebreyesus, expresó a fines del 2020 la posibilidad, por no decir la seguridad, de la ocurrencia de nuevas pandemias en un futuro inmediato:

“La historia nos muestra que no será la última pandemia. (...) La pandemia reveló los estrechos vínculos entre la salud de las personas, los animales y el planeta (...) Todos los esfuerzos para mejorar los sistemas sanitarios resultarán insuficientes si no van acompañados de una crítica de la relación entre los seres humanos y los animales, así como de la amenaza existencial que representa el cambio climático, que está convirtiendo la Tierra en un lugar más difícil para vivir.”

La crisis sanitaria que se vive hoy, así como el decrecimiento de la economía a nivel mundial (retracción de alrededor de un 5% del producto bruto global) son una realidad palpable. Los cuatro millones de muertos por la enfermedad al momento de escribir este texto, al igual que el quiebre de numerosas empresas y la pauperización de grandes masas, ahí están, sin miras de solución en lo inmediato. Las distintas secuelas que está dejando el COVID-19 van modificando el mundo. Las vacunas que comenzaron a suministrarse -con todas las críticas aparejadas- no son, al menos de momento, la gran panacea. Todo indica

que la realidad sanitaria global se está modificando a futuro. Hacia mediados del 2021, y pese a la vacunación masiva, la situación no mejora sustancialmente, surgiendo cepas nuevas que, si bien no son especialmente más mortales, sí tienen mayores capacidades de transmisibilidad. Sin ser agorero, todo indica que lo vendrá en el futuro inmediato no va para mejor, al menos para el gran campo popular, para las grandes mayorías de la humanidad. Si alguien se beneficia de la situación presente son, como siempre, pequeños grupos de poder.

En un primer momento, en diciembre del 2019 y a comienzos del 2020, era incierto el origen del virus, cuando aparecieron los primeros casos en la ciudad de Wuhan, capital de la provincia de Hubei, en China central. Las especulaciones fueron infinitas. Hoy, esa duda salió de la agenda mediática. Las teorías que veían en la aparición del nuevo agente patógeno un arma bacteriológica de alguna de las dos grandes potencias que en la actualidad se disputan la hegemonía global (Estados Unidos y la República Popular China), quedaron atrás. Todo indica -o al menos, así quedaron explicadas las cosas- que se trató de la mutación natural de un virus, que pasó de una especie animal al ser humano, desarrollando luego un alto potencial patogénico, y que posteriormente, dada la creciente globalización e interconexión en que vivimos, se esparció por todo el orbe. Por supuesto, como ha pasado con todo lo dicho -que continúa y, seguramente, se continuará diciendo- sobre este inusual fenómeno del coronavirus, se tejieron las más intrincadas teorías sobre esta confusa situación. Lo cierto es que, repitiendo y enfatizando lo expresado más arriba, van quedando muchas dudas, más preguntas que respuestas.

Un riguroso estudio llevado a cabo por la OMS durante el 2021 estableció de forma prácticamente categórica que no se trató de un virus salido de laboratorio. La sospecha, en principio, recaía sobre el Instituto de Virología de Wuhan, administrado por la Academia China de las Ciencias. Quedó demostrado que no fue ahí donde se originó. Sin embargo, el gobierno de Estados Unidos, con la nueva administración de Joe Biden, relativizó ese resultado del organismo de Naciones Unidas, pidiendo a los servicios de inteligencia de su país que profundizaran las investigaciones. En medio de la guerra comercial y política desatada hoy entre las dos grandes potencias, Washington intenta desacreditar el avance del país asiático, atribuyendo a una negligencia en el laboratorio de Wuhan la aparición del virus. La guerra, definitivamente, se está dando en todos los frentes imaginables.

Hoy ya no se habla del origen del virus. En su momento, a inicios del año 2020, se despertaron las más paranoicas elucubraciones en torno a su aparición. En realidad, como pasa con fenómenos tan complejos como éste, la gran mayoría planetaria queda absorta ante estos acontecimientos tan impactantes y, no habiendo muchas más alternativas, se termina por repetir los discursos oficiales. Sin el más remoto ánimo de estimular especulaciones conspiracionistas, no puede dejarse de mencionar que, como mínimo, el conocimiento sobre este elemento que está cambiando la historia, no ha terminado, por lo que se necesita aún un acercamiento crítico al hecho. En ese sentido es digno de mencionarse el Informe del año 2008 del Consejo Nacional de Inteligencia de Estados Unidos -National Intelligence Council, NIC- titulado “*Global Trends 2025: A Transformed World*”.

“Probablemente ocurriría en una zona con una alta densidad de población y una cercanía estrecha entre humanos y animales, como pueden ser muchas zonas de China y del sudeste asiático, donde las poblaciones viven en contacto directo con el ganado. Esto podría aumentar la posibilidad de una mutación en una cepa con potencial pandémico”.

Es importante resaltar esto, pues más de una década antes de la aparición del SARS-CoV-2 los servicios de inteligencia estadounidenses describían un escenario significativamente parecido al que se está viviendo ahora. Se destacaba allí la posible aparición de una enfermedad respiratoria nueva, muy contagiosa, que podría desatar una pandemia. Esto no significa mecánicamente que haya “mano oscura” tras la actual crisis sanitaria, pero sí que la población mundial está, como siempre, desinformada. El mito de la democracia y el poder soberano del pueblo, una vez más queda demostrado que no pasa de patrañas. *¿Qué sabemos efectivamente de la pandemia? ¿Sabe la gran mayoría planetaria qué sigue luego?*

Lo cierto es que, paranoia aparte, hay voces que vienen advirtiendo de la posibilidad de pandemias cada vez más peligrosas, dada la relación que la especie humana ha ido tomando con el medio ambiente. Al considerar al mismo como una “infinita cantera a explotar”, el modo de producción capitalista instalado hace ya algunos siglos ve en la Naturaleza solo un recurso económico, obviando que el ser humano es parte de ese sistema ecológico, y se está en un perpetuo equilibrio inestable. El consumismo desaforado que se ha impuesto, la catástrofe medioambiental que eso conlleva -eufemísticamente llamada “*calentamiento global*”-, la obsolescencia programada que hace que cada vez se desperdicien más y más materiales, la producción industrializada de absolutamente todo, trajo como consecuencia un cortocircuito entre el ser humano y su casa común, el planeta Tierra. Ya hace tiempo que se sabe que la pérdida de biodiversidad producida por esta catástrofe ecológica que vivimos permite una rápida propagación de nuevas enfermedades de los animales a los humanos. A partir de los brotes de otros coronavirus aparecidos recientemente, el SARS en 2002 y el MERS en 2012, la comunidad científica viene advirtiendo sobre la posibilidad de una pandemia mucho más extendida y, por tanto, más letal. Se está ahora, por tanto, ante la crónica de un desastre anunciado.

En el año 2016 la Organización Mundial de la Salud había clasificado los coronavirus como una de las ocho principales amenazas virales que debían ser investigadas dándoseles un adecuado seguimiento. Como a los grandes oligopolios capitalistas que manejan la salud mundial no les interesaba el tema en ese momento, pues no reportaba beneficios inmediatos, la cuestión salió de circulación. Por tanto, puede decirse que la pandemia de este coronavirus era previsible, pero la voracidad capitalista impidió que hubiera preparativos adecuados para afrontarla. Cuando llegó, a inicios del 2020, la salida fue buscar la vacuna universal, lo cual, evidentemente, se vio como una incommensurable fuente de ganancias para esas empresas, aún a riesgo de experimentar apresuradamente con seres humanos en una escala global como nunca antes se había hecho.

Sin embargo, más que gastos en vacunas -velozmente puestas a circular sin las necesarias medidas previas- y cuantiosas inversiones en pruebas diagnósticas y medicamentos, se deberían priorizar medidas preventivas para evitar nuevas pandemias. Esas son algunas de las conclusiones del informe generado por el Grupo de Trabajo Científico para la

Prevención de Pandemias, equipo creado por el Instituto de Salud Global de Harvard y el Centro para el Clima, la Salud y el Medio Ambiente Global de la Escuela de Salud Pública T.H. Chan de Harvard:

“El cambio en el uso del suelo, la destrucción de los bosques tropicales, la expansión de las tierras agrícolas, la intensificación de la ganadería, la caza, el comercio de animales silvestres, y la urbanización rápida y no planificada son algunos de los factores que influyen en la propagación de virus con potencial pandémico”.

En otros términos: si son posibles nuevas pandemias, con modificaciones en la estructura productiva y en el modo de consumo las mismas podrían evitarse. Evidentemente, las respuestas más efectivas no son *técnicas* sino *políticas*.

La pandemia existe, los muertos ahí están y ya se cuentan por varios millones a nivel mundial en el momento de escribirse estas líneas, pero algunas cosas no terminas de estar claras. O, al menos, para los mortales de a pie que manejamos solo retazos de información, sigue habiendo bastante interrogantes, de momento no muy transparentemente abordados. En los primeros meses de la pandemia, cuando comenzaban los confinamientos y las distintas medidas restrictivas, se desató una alarma monumental a escala planetaria, una psicosis colectiva que ha orillado a buena parte de la población mundial a un estado verdaderamente de pánico irracional, de terror.

Primero fueron las compras enloquecidas (el papel higiénico, por ejemplo), luego las mascarillas, que en algunos casos hasta decuplicaron sus precios (y en algunas circunstancias, se vendieron recicladas). Tampoco faltaron agresiones contra portadores del virus en distintas partes del mundo, o contra sospechosos de serlo. Incluso se llegó a la aberración de atacar a personal de salud (médicos/enfermeros) o, en Latinoamérica, a personas retornadas de los Estados Unidos, por ser posibles agentes transmisores. A partir de la declaración del por entonces presidente de ese país, Donald Trump, de “virus chino”, no faltaron tampoco agresiones y discriminaciones contra población con rasgos asiáticos en cualquier parte del orbe. Posteriormente, hacia fines del año 2020, tuvimos la interminable sucesión de “versiones” sobre las vacunas. En nuestro sector del mundo (*capitalismo occidental y cristiano*, como suele decirse) las informaciones sobre las vacunas no dejan de ser sugestivas: de la Sputnik V fabricada por el Instituto Gamaleya de Rusia, de las chinas, elaboradas por las empresas Sinovac y Sinopharm, o de las cubanas, lo cual podría ser un orgullo la Latinoamérica -único país del Sur global que pudo producir una vacuna propia-, casi no se habla, mientras de las otras -de los grandes oligopolios capitalistas que manejan buena parte de la salud mundial- llegan informaciones en catarata, no siempre muy claras.

En otros términos: en casi todo el año 2020 se vivió un clima enrarecido, inusual, enfermizo. La prácticamente totalidad de la humanidad se enfrentó a una prisión forzada, en algunos casos con toques de queda y ejércitos patrullando las calles, y un muy alto porcentaje de la población planetaria comenzó a estar virtualmente encerrada, encarcelada, ya sin saber qué hacer durante ese confinamiento. Haciendo evidente lo que ya es más que sabido, pero en general silenciado (el 80% de las violaciones sexuales suceden en los

hogares y las perpetrar varones conocidos por las víctimas), la violencia contra las mujeres se disparó en forma exponencial durante la cuarentena. Las consecuencias de este clima enrarecido, inusual, son evidentes: arreciaron las situaciones de crisis de ansiedad y de violencia intrafamiliar.

En medio de ese cúmulo infinito de interrogantes y decires varios surge de todo un poco: desde intentos serios y profundos de escudriñar la situación a repeticiones mecánicas de lo dicho desde el discurso oficial dominante, desde visiones apocalípticas a lecturas en clave de conspiración, desde memes y chistes para descomprimir la angustia a lúgubres percepciones agoreras, desde “leones hambrientos” puestos a circular por las ciudades rusas por el presidente Vladimir Putin para impedir que la población se movilizara a “explicaciones” religiosas donde la pandemia es un castigo divino por la suma de pecados cometidos. En algunos lugares, por ejemplo, eso disparó violentas conductas homofóbicas contra población de la diversidad sexual, en el entendido que esa “degeneración” pecaminosa se pagaba con esta nueva “plaga” enviada por el Sumo Hacedor. En verdad, nadie tiene “la” explicación, simplemente porque no la hay. Estamos ante un sinnúmero de factores complejos que muestran lo tremendamente intrincado del mundo actual.

Hoy, más de un año y medio después del inicio de la pandemia (al momento de escribir estas líneas), pareciera que el furor mediático del primer momento ha pasado. Ahora está en el tapete, básicamente, el tema de la vacunación y el mirar hacia la post pandemia. Es hacia ahí donde queremos llevar la discusión.

Sin dudas, la economía mundial quedó maltrecha. Pero, como anticipábamos más arriba, no todos los agentes económicos salieron mal parados de esta detención fenomenal de las actividades. La gran masa trabajadora, los asalariados (urbanos, rurales, sub-ocupados) sintieron tremendamente el golpe. Otros actores (los grandes actores de siempre), no. Esto lleva a pensar que la pandemia, más allá de pensar que estuvo pergeñada, lo más probable es que sirva para un rediseño post-pandemia que augura más capitalismo, quizá renovado, pero siempre capitalismo. Por tanto: explotador, basado en la explotación de la mayoría trabajadora, prescindiendo del bienestar general, basado solo en el lucro personal-empresarial. Con una visión pesimista, Helga Zepp-LaRouche pudo decir al respecto:

“Con el pretexto de reconstruir la economía mundial después de la pandemia de COVID-19, los principales banqueros privados y multimillonarios pretenden llevar a cabo un “cambio de régimen”, por el cual la política monetaria y fiscal ya no será decidida por los gobiernos elegidos, sino por los bancos centrales privados y los principales actores financieros directamente. En esta fase final de la política neomaltusiana de décadas a favor de los especuladores, consolidarían el control final sobre todas las inversiones y las canalizarían por completo hacia las “tecnologías verdes”, cortando así toda inversión en los sectores productivos de la energía de alta tecnología, la industria, la agricultura y la infraestructura. (...) Si este plan, promovido por el Foro Económico Mundial con una serie de conferencias sobre el “Gran Reseteo”, tiene éxito, significará el fin de las naciones industrializadas del llamado sector avanzado, y la muerte de literalmente millones, y luego miles de millones, de personas en los países en desarrollo.”

Con un mínimo de seriedad y aplomo científico, aunque el Informe del NIC arriba citado pueda abrir especulaciones, es imposible *afirmar categóricamente* que todo esto estuvo organizado por alguien, el cual se beneficiará a mediano plazo. Lo que sí es cierto, es que habrá quien sí saque más provecho de la situación, y quien se verá más perjudicado. Como van las cosas de momento, en consonancia con lo que ha quedado como la versión oficial de los acontecimientos, la cual terminó asumiendo que esto es un fenómeno natural que tocó a toda la humanidad y que no hay mano criminal en el asunto, ciertos grupos de poder (digamos: muchos de los de siempre) saldrán ampliamente beneficiados. En términos generales, desde una lectura clasista del proceso en juego, está más que claro que pequeños grupos de poder harán su negocio, mientras que las grandes mayorías populares de todo el planeta retrocederán en su situación, incluso se empeorarán. Eso, de hecho, ya está sucediendo, y la tendencia pareciera ir hacia su profundización.

En consonancia con la cita de Zepp-LaRouche puede apreciarse que quienes fijan en muy buena medida la arquitectura del mundo -y eso no son las grandes mayorías, aunque se les haga creer que votando cada cierto tiempo “mandan”- están tomando este momento histórico como algo de gran importancia. Si hablan de “Gran Reseteo”, de un gran reinicio, la pregunta es: ¿qué sigue en esta nueva fase?, ¿qué es lo que se va a reiniciar? Esta expresión, metáfora de lo que vendrá, fue propuesta por Carlos, príncipe de Gales y heredero al trono de Gran Bretaña, junto al fundador y coordinador de ese Foro, el empresario y economista alemán Klaus Schwab. “*La pandemia representa una rara ventana de oportunidad para reflexionar, reimaginar y reiniciar el mundo*”, dice este acaudalado europeo, junto a Terry Malleret en su libro “*Covid-19: “El gran reinicio”*”. Ahora bien: ¿qué será ese tal “reinicio”?

II

En el mencionado informe del NIC de 2008 aparecían como los cuatro desafíos globales que marcarían el futuro cercano: 1) las enfermedades (y ahí está el COVID-19), 2) la brecha cada vez mayor entre ricos y pobres, 3) el cambio climático -odioso eufemismo por decir *catástrofe medioambiental* provocada por el modo de producción capitalista- y 4) las posibles guerras interestatales (teniendo en cuenta que hay un gran poderío de armas atómicas en el mundo, suficiente para terminar con toda especie viva si se desatara un holocausto termonuclear).

La actual pandemia de coronavirus definitivamente está marcando un parteaguas en la historia. Sin dudas, por la magnitud que ha cobrado el fenómeno, tendrá repercusiones grandes y duraderas. ¿Fin del neoliberalismo? ¿Final del capitalismo? ¿O nuevo capitalismo reforzado? ¿Qué será eso de la tan cacareada “nueva normalidad” post pandemia?

Hay crisis sanitaria, pero mucho más, hay una sistemática, histórica y estructural injusticia en el sistema, que la actual pandemia de COVID-19 permite apreciar en toda su dimensión, de hecho, potenciándola. Jean Ziegler, consultor de organismos internacionales, lo expresa con precisión:

“El hambre continúa expandiéndose año a año, cada día mueren 24,000 personas de hambre, y por causas relacionadas con la desnutrición son 100,000, lo que da un total de 35 millones de muertes al año. Cuando según datos de la FAO (Fondo para la Agricultura y la Alimentación de la ONU) en el mundo se producen alimentos para alimentar a 12,000 millones de personas [actualmente somos casi 8,000 millones] (...), cada niño que muere de hambre es un asesinato”.

El COVID-19, con una letalidad de alrededor del 4%, está matando, en promedio, alrededor de 6,000 personas diarias (con una curva epidemiológica que está en su máxima expresión y se estima, con la aparición de las vacunas, lentamente deberá tender a aplanarse), junto a muertes provocadas por otras afecciones que bien podrían evitarse con los cuidados respectivos (enfermedades cuya curva no se aplanan; por favor, no olvidar nunca eso en los análisis: ¡curva epidemiológica que hoy no tiende a aplanarse!): los 3,014 que mata cada día la tuberculosis (y, como van las cosas, seguirá matando), o los 2,430 de la hepatitis B, los 2,216 de la neumonía, los 2,110 del VIH-SIDA o los 2,002 de la malaria, de acuerdo a datos de la Organización Mundial de la Salud. Dolencias que, en muchos casos, son “*enfermedades de la pobreza*”, enfermedades que denotan la falta de atención para las poblaciones. La diferencia de clases, con una clase que lo posee todo (porque explota) y otra que vive en la indigencia (porque es explotada), sigue siendo el núcleo de nuestra organización social. Eso no lo cambió la pandemia. Ni parece que lo pudiera cambiar; al contrario: lo está profundizando. El preconizado “gran reinicio”, ¿cambiará eso?

¿Podría contribuir a transformar esa estructura este germen patógeno que ha matado una considerable cantidad de personas desde su aparición? ¿Por qué lo cambiaría? Para el fin del año 2020, murieron dos millones de seres humanos; en el mismo período de tiempo, por hambre o por causas ligadas al hambre: no menos de 30 millones. (Y como un interesante dato complementario, no olvidar que -según informa la Organización Internacional del Trabajo -OIT- para fines de ese año se registraron casi tres millones de muertes por la siniestralidad laboral; es decir: por condiciones precarias y falta de medidas de seguridad en los diferentes puestos de trabajos). ¿Desde cuándo los gobiernos de derecha, conservadores y neoliberales, que inundan hoy el planeta, incluso con posiciones neofascistas, se preocupan tanto y tan insistentemente de la salud de sus poblaciones? Algo huele raro ahí. ¿Se sacarán ejércitos a las calles, como se ha hecho en tantos puntos del planeta con la actual pandemia, para detener el hambre, imponiendo medidas de corte militar, confinamientos y toques de queda? Obviamente no. No parece que el “gran reinicio” se preocupe mucho por eso, tampoco.

El virus es peligroso, de eso no caben dudas, pero la pandemia ha tenido una repercusión mediática llamativa, que obliga a reflexionar sobre el manejo que se le ha dado. Es cierto que, por sus características, el SARS-CoV-2 es altamente contagioso, más que otros agentes patógenos (cada portador puede transmitirlo a tres o cinco personas, y las nuevas cepas recientemente aparecidas presentan mayor potencial contagioso). Al difundirse con tanta velocidad, la infección puede extenderse a una muy amplia capa de población, y si bien la letalidad no es alta, de no contenerse debidamente, sería muchísima la gente que necesitaría asistencia médica. Dado que los sistemas de salud pública de prácticamente todo el mundo se han venido debilitando en forma creciente con las políticas neoliberales de estas últimas décadas, un aluvión de enfermos los colapsaría en forma catastrófica, como

terminó sucediendo en muchísimos países. Si el sector público, desfinanciado como está, no puede contener ese aluvión de pacientes, el sector privado menos aún está en condiciones de afrontarlo. Esa es una explicación del porqué de las medidas restrictivas, tantas y tan contundentes. No es una preocupación por la salud de los pueblos; es un ejercicio de contención de los estallidos sociales por venir.

Sin dudas el sistema capitalista ha hecho del campo de la salud un gran negocio, tremendamente redituable. La privatización de los servicios sanitarios así como el auge impresionante de la medicina asistencial alopática con toda la cohorte de tecnología que impone, y la gran industria de los medicamentos como fondo, resultan hoy una de las grandes actividades comerciales a escala planetaria. Lo cierto es que ese planteamiento, que, por supuesto no repara en lo preventivo, se ha demostrado ineficiente para contener la crisis sanitaria. Por el contrario, los enfoques que han desarrollado países con esquemas socialistas, con Estados que realmente sí velan por la salud de sus poblaciones, han respondido mucho más eficazmente. Al respecto del manejo de la epidemia como tema de salud pública, aunque la corporación mediática internacional (capitalista) lo ignora, no debe dejarse de considerar cómo Cuba, una pequeña isla socialista atacada vilmente por el imperialismo estadounidense, bloqueada sistemáticamente, ha manejado la crisis sanitaria. Son reveladoras en tal sentido las palabras de Sergio Ferrari (datos recogidos al momento de escribir este texto):

“Cuba contabiliza 50 veces menos de muertes que Suiza y casi 120 veces menos que Bélgica”, enfatiza el prestigioso oncólogo Franco Cavalli, doctor y catedrático suizo, que entre 2006 y 2008 fue presidente de la Unión Internacional Contra el Cáncer (UICC). En estos últimos 10 meses, la nación caribeña registra 8.233 infecciones y solo 134 decesos para una población de cerca de 12 millones de personas. Lo que representa un impacto de 1.18 muertes por 100 mil habitantes. En tanto su vecina República Dominicana oscila en los 21.92; Alemania -ejemplo europeo por el control de la pandemia-, tiene 19.68; Suiza llega ya a 55.53 y Bélgica a 144.73, siempre por cada 100 mil habitantes.”

También el gobierno comunista de China optó clara y decididamente por este modelo preventivo con una voluntad rotunda para conseguir y llevar adelante la estrategia de “erradicación” o “supresión” (COVID cero) del virus con excelentes resultados (una estrategia de supresión con actuaciones similares a China con algunas diferencias fue adoptada por países como Corea del Sur, Singapur, Nueva Zelanda o Vietnam). La estrategia sanitaria de China, que dio como resultado contar con solo 4,634 fallecidos para una población de casi 1,500 millones, se basó en elementos como: el control de la movilidad junto con los confinamientos estrictos a escala de distrito o provincia, “gestión cerrada”, que ha permitido a las autoridades limitar las entradas, salidas y horarios de las zonas afectadas con precisión a escala de edificio o manzana, la temprana trazabilidad de los contagios mediante dispositivos móviles con la utilización de medios humanos para conseguir los controles de temperatura en los espacios públicos (tecnologías 5G), las medidas de prevención individual y las pruebas gratuitas a gran escala con obtención muy rápida de resultados.

El mundo capitalista reaccionó estruendosamente ante la aparición del virus; pero reaccionó de un modo llamativo. Para evitar el colapso total de sus sistemas sanitarios, desarrolló un control epidemiológico estricto pensando desde el inicio en la posterior vacuna. Se preocupó por un elemento que detenía la economía; o, al menos, la detenía en parte. Pero no puede dejar de mencionarse que hay aquí una hipocresía en juego: otras enfermedades que no llegaron a los países capitalistas llamados (tendenciosamente) *centrales* (Estados Unidos, Europa Occidental) no despertaron similares alarmas. El ébola, la malaria, el zika, son afecciones tan preocupantes como el COVID-19, pero no aparecen en las “zonas de confort” del capitalismo más desarrollado. ¿Quién se interesa, por ejemplo, por el noma? Según la Organización Panamericana de la Salud -OPS/OMS-

“El noma, o cancrum oris, es una infección de gangrena de acción rápida que destruye las membranas de moco de los tejidos orales y faciales. Se desconoce la etiología exacta de ello, pero con mayor frecuencia ocurre en los niños “malnutridos” que viven en las áreas con el saneamiento deficiente. El noma no se ha notificado ampliamente en la América Latina y el Caribe, pero aproximadamente 140,000 nuevos casos se diagnostican anualmente. La tasa de mortalidad es cerca de 8.5%. Es sumamente prevalente en África subsahariana”.

Coronavirus: ¿virus de la hipocresía entonces? El manejo que ha recibido la infección de coronavirus no deja de abrir interrogantes. Sin negar que es una enfermedad de cuidado, la comparación de su letalidad con otras afecciones plantea dudas. Considerada en términos biomédicos, no es tan especialmente grave, pues según el grado de letalidad hay afecciones mucho más dañinas: Peste (*Yersinia pestis*): 100%, peste pulmonar: 100%, VIH-SIDA: 100%, leishmaniasis visceral: 100%, rabia: 100%, viruela hemorrágica: 95%, carbunco: 93%, ébola: 80%, viruela en embarazadas: 65%, MERS (Síndrome respiratorio de Oriente Medio): 45%, fiebre amarilla: 35%, dengue hemorrágico: 26%, malaria: 20%, fiebre tifoidea: 18%, tuberculosis: 15%.

No puede dejarse de recalcar también, repitiendo lo ya dicho más arriba, que, según la Organización Internacional del Trabajo -OIT-, en el año 2020 a nivel mundial murieron 2,7 millones de trabajadores a causa de accidentes o enfermedades laborales, por lo que hubo más muertes debidas a la siniestralidad laboral que a la pandemia de COVID-19 (alrededor de 2 millones).

Definitivamente ha habido en todo lo que se tejió en torno a la pandemia una exacerbación del miedo. Por como se han dado las cosas, existen muchos elementos que razonablemente llevan a pensar que se está ante una intencionalidad no declarada que excede con creces la preocupación sanitaria. Curiosamente, buena parte de la economía mundial se detuvo; pero no solo por la pandemia, y no todos sufrieron por igual.

III

El sistema capitalista está haciendo agua; la crisis bursátil empezó en diciembre del año 2019, estallando monumentalmente en los primeros meses del 2020. Los movimientos financieros, que dieron lugar a fortunas fabulosas en detrimento de la producción, estallaron, y aunque ello no se publicitó mucho -al contrario: se trató de ocultar- el sistema

global entró en una crisis fenomenal. La crisis sanitaria (real, pero definitivamente amplificada en grado sumo) encontró en la crisis económica una justificación perfecta. Al final de la pandemia se tendrá una buena cantidad de muertes; sin embargo, el sistema, con su injusticia estructural, habrá matado muchísima más gente. Como dice el economista belga Erick Toussaint:

“Aunque haya una relación innegable entre los dos fenómenos (la crisis bursátil y la pandemia del coronavirus), eso no significa que no es necesario denunciar las explicaciones simplistas y manipuladoras que declaran que la causa es el coronavirus. (...) No solo la crisis financiera estaba latente desde hacía varios años y la prosecución del aumento de precio de los activos financieros constituían un indicador muy claro, sino que, además, una crisis del sector de la producción había comenzado mucho antes de la difusión del COVID, en diciembre de 2019. Antes del cierre de fábricas en China, en enero de 2020 y antes de la crisis bursátil de fines de febrero de 2020. Vimos durante el año 2019 el comienzo de una crisis de superproducción de mercaderías, sobre todo en el sector del automóvil con una caída masiva de ventas de automóviles en China, India, Alemania, Reino Unido y muchos otros países”.

A nivel global no caben dudas que la economía planetaria ha sufrido un golpe a causa de la paralización de las actividades cotidianas. De todos modos, hay que ser muy cautos en el análisis, porque hay marcadas diferencias en la forma en que la crisis toma cuerpo. No todos los sectores económicos se perjudicaron (sí las empresas petroleras, por ejemplo), pero no así la banca, los negocios ligados al ámbito digital, las farmacéuticas. Mientras que el Producto Interno Bruto -PBI- mundial cayó un 4,4% en el año 2020, los gastos militares, por quinto año consecutivo, crecieron. En este caso, un 2,6%. Estados Unidos fue quien registró el alza más grande, con un aumento del 4,4%. Tampoco se dejaron de vender drogas ilegales (que, según estimaciones empíricas, dado los niveles de ansiedad disparados y los encierros forzados, aumentaron su consumo). Mientras el Occidente capitalista está empantanado, China ya se recupera del colapso y vuelve a tener un aumento en su Producto Bruto Interno. Si alguien sale perdiendo en forma estrepitosa ante esta parálisis económica, es la clase trabajadora mundial.

Todas y todos aquellos que laboran en la economía informal (alrededor de dos mil millones de personas, aproximadamente el 60% de la población económicamente activa del mundo, el 93% de ellos en el Sur), quienes se ganan así sus vidas en la precariedad, sin leyes sociales que les asistan, sin seguros de salud, librados a su buena suerte, se han visto especialmente perjudicados por la pandemia. Pero también lo están las y los asalariados de todos los países, a quienes se les da una vuelta de tuerca más en su explotación con los forzados reajustes impuestos por el COVID-19. El llamado *teletrabajo* en que entró buena parte de la población no augura beneficios para quien trabaja; por el contrario, refuerza la posibilidad de la explotación. A partir de esta nueva modalidad (¿esa será la “nueva normalidad”?) las patronales, considerando “colaboradores” a sus “trabajadores”, exigen la infame “milla extra”.

William Robinson lo expresa sin ambages:

“Contrario a narraciones prevalecientes, la pandemia de coronavirus no causó la crisis del capitalismo global, ya que ésta ya estaba a las puertas. En vísperas de la pandemia, la tasa de crecimiento en los países de la Unión Europea ya había llegado a cero, en tanto la mayor parte de América Latina y de África Subsahariana ya estuvo en recesión, las tasas de crecimiento en Asia experimentaban un declive notable, y Norteamérica enfrentaba una ralentización económica constante. La situación estaba clara: el mundo tambaleaba hacia crisis. El contagio fue nada más que la chispa que encendió el combustible de una economía global que nunca logró una plena recuperación del colapso financiero de 2008. (...) Los encierros impuestos por los gobiernos por la pandemia sirvieron como pruebas para la forma en que la digitalización podría permitir a los grupos dominantes efectuar una aceleración en el tiempo y en el espacio de la reestructuración capitalista y ejercer un mayor control sobre la clase trabajadora global”.

La crisis de sobreacumulación de productos, al no tener salidas dado que no existe una redistribución equitativa de la riqueza generada, explota finalmente. Eso es lo que siempre ha pasado en el sistema capitalista, y no puede dejar de suceder. De ese modo, ante la creciente polarización social, en el enfrentamiento entre capital y clase trabajadora, la crisis estalla produciéndose estancamientos, recesiones, depresiones y, por tanto -tal como se ha visto durante el 2019, silenciados al inicio de la pandemia en el 2020 pero nuevamente presentes en el 2021- con levantamientos sociales, movilizaciones populares y, finalmente, la posibilidad de nuevas guerras.

Buscar esas relaciones, esas articulaciones entre crisis económico-social y crisis sanitaria no es antojadizo. Esto no presupone, en modo alguno, negar la existencia de la enfermedad, ni mucho menos su peligrosidad. Como cualquier dolencia biomédica, debe ser tratada con todo el rigor científico del caso; la morbi-mortalidad del virus, y más aún la de sus nuevas variantes, no está en discusión. Pero sí vale preguntarse cómo los factores de poder global han venido manejando la cuestión.

Dado que estamos ante un fenómeno sumamente complejo, con infinidad de elementos y variables en juego, no puede haber una explicación *única* que contemple todas las facetas. Por otro lado, es sabido que procesos de carácter sociopolítico como el presente, que exceden totalmente lo sanitario, conllevan una carga de secretividad de la que los mortales de a pie no sabemos nada. Sin apelar a estas teorías conspirativas con algún talante paranoico que suelen aparecer en momentos como el presente (grupos en las sombras o sectas esotéricas manejando el mundo: los judíos, los masones, los Illuminati, los Rosacruces, etc.), debe reconocerse que hay fuerzas minúsculas que deciden las líneas generales de las políticas globales. La historia de la humanidad se explica en términos de luchas de clases; eso, aunque intentó declarárselo muerto con la caída del Muro de Berlín, sigue presente, y tan al rojo vivo como siempre, y hay pequeños, muy pequeños grupos super poderosos que conducen esa dinámica. *“Por supuesto que hay luchas de clase, pero es mi clase, la clase rica, la que está haciendo la guerra, y la estamos ganando”*, dijo el acaudalado multimillonario estadounidense Warren Buffet (con alrededor de 90,000 millones de dólares de patrimonio). La población, sufragando cada algunos años, no elige nada, más allá de un administrador de turno. Son los miembros más encumbrados de las

clases dominantes quienes fijan las políticas generales; los políticos de profesión solo las implementan (gerentes temporales que deben cumplir bien su encargo).

Esos pequeños grupos de poder (cada vez con más poder: económico, político y militar) deciden a puertas cerradas mucho de lo que sucede en nuestro planeta. Eso no significa que todo lo que actualmente vivimos con la pandemia sea una obra arreglada por mentes satánicas, con un guión preestablecido que estamos cumpliendo a cabalidad. Pero sí debe considerarse que el sistema en su conjunto tiene una dirección. La crisis económica actual, que no es solo producto del coronavirus, tiene causas de las que da cuenta, sin apelación a ningún “talante paranoico”, el materialismo histórico.

Ahora bien: esa clase beneficiada, que asienta su riqueza y poderío en el trabajo de enormes mayorías a las que sojuzga, hace lo imposible para mantener sus privilegios. Para ello apela a los mecanismos más sórdidos, más perversos, más sanguinarios llegado el caso. Como sin miramientos lo dijo uno de los más connotados intelectuales orgánicos de esa clase dominante, el polaco-estadounidense Zbigniew Brzezinski, miembro de importantes tanques de pensamiento de Estados Unidos y catedrático en la Universidad Johns Hopkins:

“La sociedad será dominada por una elite de personas libres, de valores tradicionales, que no dudarán en realizar sus objetivos mediante técnicas depuradas con las que influirán en el comportamiento del pueblo y controlarán con todo detalle a la sociedad, hasta el punto que llegará a ser posible ejercer una vigilancia casi permanente sobre cada uno de los ciudadanos del planeta. (...) Esta elite buscará todos los medios para lograr sus fines políticos tales como las nuevas técnicas para influenciar el comportamiento de las masas, así como para lograr el control y la sumisión de la sociedad”.

La marcha del mundo tiene una lógica. Lo que hacemos cada día responde en muy buena medida a planes trazados. Esos planes no los establece la mayoría en decisiones populares, en asambleas abiertas. ¡En absoluto! Eso que se nos presenta como *democracia* es la más artera mentira, manipulada muy eficientemente. Por supuesto que sí, hay formas auténticas de democracia de base, de poder popular donde se deciden las líneas por donde transitará una comunidad. Pero, a todas luces, esas son de momento expresiones muy embrionarias. Solo las experiencias socialistas las han permitido en parte, de ahí que el socialismo siga siendo la *única esperanza* real de un mundo más justo. Este mito de la democracia parlamentaria actual no es sino eso: mito, ficción, fantasía, burda manipulación.

El orden del mundo no lo decide el “ciudadano” votando cada cierto tiempo. Eso es patéticamente absurdo. Los presidentes -todos, de todos los países- son, en definitiva, empleados de los verdaderos tomadores de decisiones. ¿Quién establece el precio del petróleo, lo que un país debe producir, el inicio de las guerras, el entretenimiento para mantener “felices a los esclavos”? La gente, el ciudadano de a pie, la persona que está leyendo este texto: ¡por supuesto que no! Eso se decide a puertas cerradas entre muy pocas personas en el mundo. En las sociedades de clase, siempre fue así: el rey y su séquito, el faraón, el sumo sacerdote, los mandarines, la gente que maneja el Fondo Monetario Internacional -quienes, a su vez, reciben órdenes superiores- o los que se sientan en un lujoso *pent house* climatizado con enormes jacuzzis, esos a los que “la plebe” no puede

acceder jamás, esos de quienes ni siquiera conocemos sus nombres, esos son los que deciden (¿quiénes son los dueños de la Exxon-Mobil, o de la Coca-Cola Company, del JPMorgan Chase & Company, de la Pfizer?). No se sabe cuándo podrá cambiar eso; lo que sí está por demás de claro, como dijo el francés Honoré de Balzac, es que *“todo poder es una conspiración permanente.”* Las leyes, lo sabemos, no son justas ni equitativas, y no las deciden las mayorías: *“La ley es lo que conviene al más fuerte”*, expresó Trasímaco de Calcedonia en el siglo IV antes de nuestra era en la Grecia clásica. *“Las leyes están hechas para y por los dominadores, y conceden escasas prerrogativas a los dominados”*, dijo Sigmund Freud en 1932.

¿Por qué ahora los Estados, a partir de las políticas neoliberales vigentes en estas últimas décadas, se adelgazaron terriblemente siendo reemplazados por la “beneficencia” de eso que se llama “cooperación internacional”, o sustituidos por grandes mecenas? He ahí una forma de precarizar cada vez más la vida de la clase trabajadora global, para someterla más y más. Los servicios básicos los debe brindar el Estado y no bienhechores magnánimos. Daniel Espinosa informa que:

“Los “Silicon Six”, como se conoce a Microsoft, Google, Apple, Facebook, Netflix y Amazon, son expertos en elusión tributaria, una realidad que han sabido ocultar tras su imagen de modernidad, de empresas “cool” (y muchos millones en donaciones “caritativas” a medios de comunicación). De acuerdo con una investigación reciente de Fair Tax Mark, esas seis compañías lograron ahorrarse cerca de 100 mil millones de dólares en impuestos entre 2010 y 2019”.

¿Qué mortal de a pie decidió acabar con los Estados nacionales y precarizar sus servicios básicos: salud, educación, infraestructura, seguridad? ¿Es una elucubración delirante pensar que esa desaparición del estado de bienestar se hizo para explotar más aún a los explotados de siempre?

“De lo que se trata es de sustituir la autodeterminación nacional, que se ha practicado durante siglos en el pasado, por la soberanía de una elite de técnicos y de financieros mundiales”, pudo decir el recientemente fallecido David Rockefeller, nieto del legendario John Davison Rockefeller, en su momento la persona más acaudalada del mundo, fundador de la mítica dinastía de banqueros e industriales petroleros de Estados Unidos. *“Todo lo que necesitamos es una gran crisis y las naciones aceptarán el Nuevo Orden Mundial”*, agregó en su momento, él, que fuera uno de los más grandes conspiradores, arquitecto de la política mundial, *factótum* de importantes grupos “selectos” que deciden la marcha de la sociedad planetaria, donde no puede llegar “la chusma”, instancias como el Grupo Bilderberg, o la Comisión Trilateral (Estados Unidos, Europa Occidental, Japón), según su propio decir, “altas personalidades” que deciden lo que ha de suceder en la humanidad: *“el conjunto de potencias financieras e intelectuales mayor que el mundo haya conocido nunca”*. ¿Es ver fantasmas pensar que todo eso existe? El 1% de la población mundial detenta el 50% de la riqueza mundial; y de ese mínimo porcentaje, solo el 0.01% es el que da las órdenes a los presidentes. Decir eso, ¿es ser paranoico?

No es ninguna novedad (no es un delirio paranoico, una voz alucinada) constatar que infinidad de hechos políticos que suceden están dispuestos en oficinas de la más alta

secretividad, sin que las poblaciones tengan la más remota idea: Pearl Harbor -que catapultó el ingreso de Estados Unidos a la Segunda Guerra Mundial-, el asesinato de Kennedy -para continuar con la guerra de Vietnam a la que él se oponía-, la caída de las Torres Gemelas -que dio como resultado su inicio de la Guerra contra el terrorismo-, las supuestas armas de destrucción masiva en Irak, el ataque a Nicaragua antes de que el sandinismo “invadiera Texas”, el financiamiento de la Ford Motors Company al nazismo alemán en sus inicios -para que invadiera y terminara con la Unión Soviética-, los experimentos sobre la sífilis hechas, sin conocimiento de nadie, con población guatemalteca en la década de 1950, armas bacteriológicas desconocidas por el público, los secretos revelados por la crisis de conciencia del ex espía estadounidense Edward Snowden, y la lista puede continuar interminable. El medicamento cubano Interferón alfa 2B recombinante sirvió para contener la epidemia en China, ¿por qué no se dijo una palabra de eso en el “mundo libre”? ¿Es ser un desubicado psicótico preguntarse el porqué de ese silencio? No son elucubraciones paranoicas, afiebradas visiones conspirativas del mundo, delirios insanos para mandar al manicomio a quien exprese preguntas sobre todo esto.

El sistema capitalista está en un momento especial; por eso decíamos que lo vivido actualmente puede considerarse un parteaguas en la historia: *¿fin del capitalismo o capitalismo renovado y fortalecido?*

Seguramente ahora cambiarán cosas, porque terminada la pandemia habrá más muertos y más pobreza. O, al menos, más pobreza para las clases subalternas, eterna e históricamente olvidadas. Tengamos cuidado con las informaciones que circulan y muestran el caos económico generado. Sin dudas, para la clase trabajadora mundial (en la que hay inscribir a las amas de casa, trabajadoras no remuneradas, básicas para el mantenimiento del sistema) todo esto es una pésima noticia, y para muchas pequeñas y medianas empresas también. Ahora bien, de las megaempresas que manejaban el mundo hasta antes de la explosión de la crisis sanitaria, no todas saldrán golpeadas. Las compañías petroleras, como se dijo más arriba, probablemente sí (curiosamente la familia Rockefeller, ícono de la riqueza estadounidense, salió del negocio del oro negro en el 2017. ¿Vamos definitivamente hacia las energías renovables?). Las de alta tecnología, los “Silicon Six” recién mencionadas, no. Al contrario: en este momento, con el encierro forzado de prácticamente toda la población planetaria, el consumo de estos productos se disparó sideralmente. Nunca habían ganado tanto dinero como ahora con la pandemia.

Las fortunas más grandes se van acumulando en estos últimos años en las empresas ligadas a la cibernética, la inteligencia artificial, la informática, la robótica (de las que China, pareciera, ha tomado la delantera sobre el resto del mundo. Evidentemente, su imagen de fabricante de “juguetitos de mala calidad” quedó totalmente atrás). Como ejemplo representativo, el cambio que se ha venido dando en la dinámica económica de la principal potencia capitalista, Estados Unidos: para 1979, una de sus grandes empresas icónicas, la General Motors Company, fabricante de ocho marcas de vehículos, empleaba a un millón de trabajadores -daba trabajo a la mitad de la ciudad de Detroit, de tres millones de habitantes-, con ganancias anuales de 11,000 millones de dólares. Hoy día Microsoft, en Silicon Valley, mientras Detroit languidece como ciudad fantasma con apenas 300 mil pobladores, ocupa 35 mil trabajadores, con ganancias anuales de 14,000 millones de dólares. Valga aclarar que ese gigante del automóvil quebró en el 2009, siendo rescatado

por el Estado con inyecciones de capital de más de 50,000 millones de dólares. El capitalismo está cambiando: no se hizo menos explotador, sino que ahora explota de otra manera, con mayor sutileza (el llamado teletrabajo, ¿no es una forma de explotación también?). Y el Estado, como se ve, pese al preconizado neoliberalismo que entroniza a la iniciativa privada, sigue jugando un papel clave para el mantenimiento del sistema, defendiendo siempre al capital en detrimento de la clase trabajadora. Se socializan pérdidas, pero se privatizan ganancias. “*El Estado es el producto del carácter irreconciliable de las contradicciones de clase*”, dijo Lenin. No se equivocó.

Luego de estos confinamientos forzados, de estas estrategias de control poblacional ayudado por las tecnologías digitales más avanzadas -de las que China parece haber tomado la delantera- vale preguntarse ¿qué sigue?

IV

Las opiniones se dividen. Insistamos en esto: nadie de los “comunes mortales” sabe con seguridad qué pasará, pero sí se pueden ver tendencias, y en muchos casos, esas tendencias ya son realidades concretas que han tomado forma y no parecen poder desactivarse.

Fuera de toda la interminable parafernalia que acompaña la presente pandemia de coronavirus (miles y miles de memes, recetas caseras, pronósticos agoreros, predicciones varias, chistes, oraciones, pedidos de perdón, *fake news*), la misma pasará. Aún no está claro cómo evolucionará, cuántos muertos dejará y qué seguirá después. Sin dudas, habrá cambios -ya se están viendo muchos- en el panorama geopolítico y en la cotidianidad de la vida en cada rincón del planeta. Como van las cosas, nadie puede asegurar que esto estuvo planificado: enfermedad natural derivada de los actuales modelos de producción, según se nos dice. De igual modo, nadie puede vaticinar qué seguirá. Se habló de un Nuevo Orden Mundial post pandemia; una nueva configuración ya no basada en la globalización neoliberal sino en un mayor proteccionismo nacionalista. Es probable. La fortaleza de China, en este momento, en buena medida se debe justamente a esa globalización.

Difícil, cuando no imposible, predecir lo que vendrá. ¿Una población más disciplinada, controlada, maniatada? ¿Es esta encerrona universal, toque de queda incluido, un ensayo de cómo se mantendrá a la población de aquí en más? ¿Teletrabajo para todos? ¿Hiper-control a través de medios digitales que saben en detalle cada cosa de nuestras vidas? Hay voces que, viendo el desastre que el neoliberalismo trajo para las grandes mayorías (es decir: la entronización absoluta del libre mercado sobre la intervención estatal) piden -esperan, anhelan- un nuevo orden más solidario, no centrado tanto en los negocios sino en lo humano (¿Estado de bienestar keynesiano?, ¿socialdemocracia?)

En esa línea de pensamiento surge la esperanza de un mundo más solidario, con un llamado a superar las actuales asimetrías, en la línea de la encíclica *Fratelli tutti* (*Hermanos todos*) del Papa Francisco, buscando la hermandad de todos los seres humanos, incluso fomentando el respeto hacia todos los seres vivos, pues si no se hace eso, vamos hacia una extinción de toda forma viva en planeta. No falta entonces quien piensa que la humanidad

ha aprendido la lección con esta pandemia, y a partir de ahora podrá surgir una relación más amigable con el medio ambiente.

Sin dudas, la fuerza con que golpea la epidemia muestra que solo los Estados fuertes, incluso con planteos socialistas, como China, Cuba, Norcorea, pueden afrontar exitosamente desastres sanitarios como el presente.

Ante la crisis, surgió desde fines del 2020 la vacunación masiva, para crear *inmunidad de rebaño*, una vacuna que no evita el contagio, pero sí la formación de coágulos que terminan produciendo una trombosis pulmonar, con lo que la persona afectada muere en una crisis respiratoria. Toda la población mundial deberá vacunarse entonces. Pero si de inmunización se trata, para la gran mayoría de países del mundo: empobrecidos, víctimas del orden capitalista imperial, la suerte no se ve muy favorable. Los países prósperos del Norte acapararon la mayor parte de las dosis de las vacunas producidas por los gigantes farmacéuticos comerciales. Como siempre, la cadena se corta por el eslabón más débil, y son las poblaciones más carenciadas las que más sufren con la crisis sanitaria. En ese sentido, la diferencia de acceso a las dosis entre Norte y Sur es abismal.

¿Terminará el capitalismo con todo esto? ¿Terminan las luchas de clases? ¡Ni remotamente! En todo caso, se reconfigura el mundo. Probablemente China se vaya alzando cada vez más como la potencia dominante, con una economía más sólida no basada en la especulación financiera sino en la producción de bienes reales, con una robusta y efectiva reserva monetaria fijada en toneladas de oro y no en papeles bursátiles, y el dólar vaya perdiendo su hegemonía. Por lo pronto, su economía ya comenzó a reactivarse, superando una vez más a Estados Unidos y a la Unión Europea. ¿El mundo mirará con cariño las posturas socialistas, la solidaridad que mostraron China y Cuba en la oportunidad, quienes apoyaron a diversos países con equipos médicos, medicinas, brigadas sanitarias? Es probable, pero ello no pasará de una cuota de cariño/admiración -seguramente muy temporal- que no logrará cambiar ideológicamente aquello para lo que está preparada la población mundial: trabajar sin protestar, consumir lo que el mercado impone, no organizarse, no pensar en cambios radicales, no sentirse dueña del poder. La ideología sigue siendo la misma. Eso no lo cambia un virus. Como bien dice Michele Nobile: *“el resultado final más probable es el regreso a la normalidad, no sin haber integrado la experiencia del estado de emergencia en el arsenal de políticas públicas”*.

¿Servirá todo esto para denunciar a la oprobiosa serpiente viperina que es el capitalismo, o hay en juego una maniobra maquiavélica que traerá más capitalismo todavía, quizá menos gente en el mundo (no faltó quien hablara de planes neomaltusianos de reducción de la población global) y poderes hiper-dominantes que digitarán nuestras vidas haciendo pensar con sus maquinaciones actuales en películas de ciencia ficción? (el “Gran Hermano” orwelliano pareciera ya un hecho). La privatización inmisericorde de todo, el negocio antepuesto a lo humano (*business is business*), el lucro individual como baluarte fundamental de la vida, ahora más que nunca -viendo las consecuencias espantosas que pueden acarrear- pueden ser cuestionados. ¿Puede servir la pandemia quizá para acercar a un cambio revolucionario de paradigmas? De nosotros depende, pero siendo absolutamente realistas, vemos que en la actualidad no hay organización ni fuerza suficiente como para forzar una transformación radical.

Algunos grandes conglomerados económicos capitalistas (aquellos ligados a las tecnologías digitales, la gran banca internacional, las farmacéuticas, también la narcoactividad -que no se vio afectada por la pandemia-, la producción de armamentos), siguen intocables sus negocios. En este nuevo capitalismo renovado que estamos viviendo, cada vez más centrado en lo que ahora se llama “cuarta revolución industrial” (primera revolución: máquina a vapor, luego la electricidad, posteriormente computación, ahora la digitalización), no todos pierden. Al contrario: la pandemia está sirviendo para expandir ciertas actividades comerciales al máximo, de un modo superlativo. El 70% de la economía mundial hoy día está dada por servicios; y ellos, en estos momentos, encuentran en el mundo digital su vía más accesible. Por tanto, los negocios ligados a esos rubros crecen exponencialmente.

¿Qué sigue entonces? ¿Será un mundo mejor? La pregunta puede ser ingenua, o mal formulada. ¿Por qué sería “mejor”? No falta quien, desde un optimismo desbordante, como por ejemplo Adalid Contreras, así lo cree:

“Otro mundo emergerá de los escombros que deja la pandemia. Tenemos que trabajar para que sea un mundo no solamente otro, sino un mundo donde quepamos todos, sin exclusiones, con dignidad, sin injusticias, con igualdad, sin opresores, con libertad, sin egoísmos, con convivencia en comunidad, sin una voz única, con coros plurilingües de esperanzadora utopía. Está en nuestros corazones concebirlo y en nuestras manos diseñarlo, construirlo y habitarlo. (...) Los siglos contados del capitalismo parecen estar abriendo las compuertas de otro modo de producción y de vida, en la conclusión inexcusable de su fase neoliberal”.

Por supuesto que sería deseable un mundo más equitativo, más balanceado y solidario, libre de tantas injusticias y asimetrías indefendibles (24,000 muertos diarios por falta de comida en un mundo donde sobran alimentos), pero sabemos que las cosas no son simplemente como las deseamos. Los paraísos son siempre “paraísos perdidos” (a no ser los paraísos fiscales, donde los humanos de a pie no cabemos, donde solo caben dineros de dudosa procedencia, y que para algunos “elegidos” no están perdidos). ¿No es un tanto quimérico pensar que terminada una enfermedad la realidad social mundial va a cambiar como por arte de magia? Las luchas de clases, la extracción de plusvalor, la guerra como negocio de algunos, no terminarán porque se extinga ese agente etiopatogénico surgido - aparentemente- en la ciudad de Wuhan, China.

Lo constatable hoy día, ya cercanos a los dos años de pandemia, es que las brechas socioeconómicas se han acrecentado en forma exponencial. De acuerdo a datos del Programa Mundial de Alimentos -PMA- de Naciones Unidas, el número de personas en situación de inseguridad alimentaria se ha triplicado desde el inicio de la crisis sanitaria y económica. Por su parte, el Banco Mundial estima una subida de la pobreza extrema del 24% al 27.6% entre 2019 y 2021. La realidad, cruda y sin miramientos, muestra que la situación no va para mejor en relación a las grandes mayorías mundiales.

Contrario al optimismo desbordante otros, por el contrario, con un análisis más exhaustivo del panorama, con un criterio más crítico, pueden entrever otra realidad post pandemia como, por ejemplo, el economista William Robinson:

“Estimulado por la pandemia de coronavirus, el capitalismo global está al borde de una nueva ronda de reestructuración a nivel mundial basándose en una digitalización mucho mayor de toda la economía y sociedad global. Esta reestructuración empezó tras la Gran Recesión de 2008 pero las condiciones sociales y económicas cambiantes propiciadas por la pandemia acelerarán enormemente el proceso. Probablemente aumentará la concentración del capital a nivel mundial y empeorará la desigualdad social. Habilitados por las aplicaciones digitales, los grupos dominantes -a menos que sean obligados a cambiar de rumbo por la presión de masas desde abajo- recurrirán al aumento del Estado policial global para contener los próximos levantamientos sociales”.

Queda en pie la pregunta si era realmente necesaria la militarización de la vida cotidiana, o se juegan allí otras perspectivas, otros proyectos a mediano y largo plazo. ¿Un ensayo de lo que vendrá? Como manifiestan Jorge Riechmann, Adrián Almazán y otros en el *“Manifiesto la necesidad de luchar contra un mundo ‘virtual’”*:

“La crisis sanitaria ha sido la oportunidad perfecta para reforzar nuestra dependencia de las herramientas informáticas y desarrollar muchos proyectos económicos y políticos previamente existentes: docencia virtual, teletrabajo masivo, salud digital, Internet de las Cosas, robotización, supresión del dinero en metálico y sustitución por el dinero virtual, promoción del 5G, smart city... A esa lista se puede añadir los nuevos proyectos de seguimiento de los individuos haciendo uso de sus smartphones, que vendrían a sumarse a los ya existentes en ámbitos como la vigilancia policial, el marketing o las aplicaciones para ligar en internet. En conclusión, el peligro mayor al que nos enfrentamos no es que las cosas «se queden como estaban», sino que vayan a bastante peor”.

Hoy día, hablando de lo que vendrá luego de la pandemia de coronavirus, se ha popularizado el término “la nueva normalidad”. ¿Qué significa eso exactamente? Entra a tallar aquí, de un modo decisorio, la nueva modalidad productiva y de relacionamiento social dada por la tecnología dominante: la revolución digital, la que dio un salto impresionante en estos últimos años, pero que con la pandemia se profundizó en forma espectacular. Definitivamente, estamos ante un hecho civilizatorio de proporciones gigantescas, quizá aún no considerado en toda su dimensión. ¿Qué mundo sigue entonces, teniendo en cuenta que la vida de todo el planeta se va “digitalizando”? ¿Qué es esa “nueva normalidad” de la que tanto se habla? ¿Es una promesa de cambio o, por el contrario, es más de lo mismo, o peor aún: *lo mismo con más*?

“Una “nueva normalidad” post-covid en la que cualquier gobierno, sea progresista o reaccionario, pueda desarrollar políticas en el terreno de derechos y libertades democráticos, avanzando o retrocediendo, siempre y cuando la estructura económica y los intereses de los grandes emporios empresariales y financieros, no sean tocados”. (Ibaia: 2021)

Lo anterior no deja de plantear preguntas. Sin necesidad de encontrar paranoicamente conspiraciones a diestra y siniestra, puede verse que nos adentramos en un mundo *siempre capitalista*, pero con nuevas modalidades. Con los confinamientos, el obligado distanciamiento social y medidas de estricto control sobre cada ciudadano que se van imponiendo, pareciera que la protesta social es la primera en resentirse con la pandemia. De ningún modo puede decirse que haya aquí un plan trazado, pero el efecto inmediato es el enfriamiento de la protesta social. Es más que evidente que quien más pierde, es quien no tiene más que ofrecer que su fuerza de trabajo. Para el sistema en su conjunto, la tarea básica de cada día, de cada minuto, es mantenerse inalterable. Es decir: *¡que nada cambie!* Puede haber cambios superficiales, cosméticos; en otros términos: *gatopardismo*. O sea: que algo cambie por arriba para que, de fondo, no cambie nada. El control ejercido por el gran capital sobre la gran masa explotada (la absoluta mayoría de la humanidad) es cada vez más sutil, y al mismo tiempo, más efectivo, más profundo. Las modernas tecnologías de control poblacional (técnicas de psicología militar, mecanismos ideológico-culturales cada vez más refinados, ámbito digital), se enmarcan definitivamente en lo apuntado por Brzezinsky: “*sociedad dominada mediante técnicas depuradas con las que influirán en el comportamiento del pueblo y la controlarán con todo detalle*”.

V

Las cosas no surgen simplemente porque las deseemos, por un acto de buena voluntad, por apelación a un “abracadabra” fantástico y todopoderoso. Tal como va el mundo, todo indica que la normalidad a la que volveremos luego de la pandemia podrá ser distinta en determinados puntos: habrá que usar mascarillas, lavarse continuamente las manos con gel antibacterial, distanciarse del prójimo, no darse un beso en la mejilla ni un apretón de manos, desinfectar la suela de los zapatos. Pero en cuanto a lo que decide nuestras vidas (que tiene que ver más que nada con los paraísos fiscales, que no con nuestras muy honestas y apreciables apetencias) podrá haber más de lo mismo; o lo que es peor: lo mismo con más.

Es probable que en este nuevo escenario que se pueda abrir se modifiquen relaciones de poder entre las grandes potencias. En este momento todo indica que Estados Unidos está perdiendo -bastante aceleradamente- su papel de centro hegemónico global. Con un producto bruto de más del 50% de la economía planetaria después de la Segunda Guerra Mundial, ahora aporta solo un 18%. El hiperconsumo desenfrenado y su voraz avaricia le han pasado factura: su moneda, anteriormente sostenida a punto de invasiones militares, hoy día va perdiendo valor. La República Popular China lo está destronando como potencia económica y científico-tecnológica. En el plano puramente militar, Rusia lo ha dejado atrás, tomándole varios años de delantera en el desarrollo de armas estratégicas (misilística hipersónica). Todo eso, de todos modos, no necesariamente es una buena noticia para el campo popular. Está abierto el debate sobre el actual modelo de “socialismo de mercado” impulsado por China; en principio, sin embargo, ese no es el espejo donde puede mirarse la clase trabajadora internacional y los empobrecidos pueblos del mundo. ¿Post pandemia con una China hegemónica y dominante en tecnología 5G? (y 6G ya en camino).

Trabajar por un mundo donde quepamos todos, tal como lo pide el arriba citado Adalid Contreras, y tantos otros también, es algo que va más allá de la pandemia. ¿Solo una enfermedad esparcida globalmente nos puede movilizar en tal sentido? Suena raro. Quizá ante el trauma de un evento con algo de catastrófico por lo ahora vivido (en muy buena medida, exagerado *convenientemente* por los medios comerciales de comunicación), puedan surgir estas aspiraciones “bondadosas”, de llamados a un nuevo modo de relacionamiento, de “sentirnos hermanos todos”, como pide el Vaticano (aunque las violaciones sexuales de sacerdotes a niños no cesan, y las mujeres continúan teniendo un papel absolutamente secundario en el seno de la iglesia). Siendo crudamente realistas, todo indica que quienes marcan el rumbo no son precisamente los “trabajadores asalariados” sino sus jefes: *“Hay mucha gente que ya le encontró el gusto por trabajar desde la casa, y las empresas ya se encontraron el gusto de que la totalidad de la gente no vaya a las oficinas”*, pudo decir Franco Uccelli, alto directivo del JPMorgan Chase & Co, uno de los bancos más grandes del mundo (estadounidense), de esos que sí, efectivamente, marcan lo que es “normal”.

De ningún modo podemos aceptar la actual normalidad donde mueren diariamente 24,000 personas por hambre o por causas ligadas a la desnutrición mientras sobra comida en el mundo. La supuesta “nueva normalidad” no augura nada nuevo en verdad. Pero más allá de buenas intenciones, queda por verse cómo lograr efectivamente ese cambio. ¿Es un acto de corazón? ¿Se “abuenarán” los “malos” que nos matan de hambre? Obviamente no se trata de bondades o maldades en juego: son luchas de clases, relaciones sociales trans-individuales. Todo indica que lo dicho por este funcionario de uno de los bancos más poderosos del mundo marca la “nueva normalidad”. El mundo digital que ya se abrió, de momento no parece favorecer a las grandes mayorías. Trabajar desde casa ¿es un triunfo popular? ¿Cómo se formarán los sindicatos entonces? ¿O en la “nueva normalidad” eso ya no cabe? Las tecnologías digitales, fabulosas sin dudas, pueden servir para dar saltos en la historia; o también, como pareciera perfilarse de momento, para controlarnos más y mejor.

Según la UNESCO, órgano especializado del Sistema de Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura -organización que promociona la campaña “La nueva normalidad”-, lo que vendrá cuando se haya aplanado completamente la curva epidemiológica del COVID-19 (la de los muertos por inanición no se aplanan nunca, ¡no olvidarlo!), invita *“a reflexionar sobre lo que es normal, sugiriendo que hemos aceptado lo inaceptable durante demasiado tiempo. Nuestra realidad anterior ya no puede ser aceptada como normal. Ahora es el momento de cambiar”*.

Pero, ¿la “hemos aceptado”, o se nos ha impuesto? *“Los desastres y las emergencias no solo arrojan luz sobre el mundo tal como es. También abren el tejido de la normalidad. A través del agujero que se abre, vislumbramos las posibilidades de otros mundos”*, agrega Peter Baker en el marco de la referida campaña. ¡Cuidado!, porque las cosas no surgen simplemente porque las deseemos, no olvidarlo.

Luego de la pandemia de coronavirus viene la vacunación masiva. Bill Gates, uno de los mayores magnates actuales del planeta -propietario de una de esas empresas antes citadas, campeonas de la evasión fiscal- es uno de los más grandes filántropos en el mundo y promotor de esa vacunación. *“Las próximas guerras serán con microbios, no misiles”*, dijo

repetidamente. De hecho, él y su ahora ex cónyuge Belinda constituyen uno de los principales sostenes financieros de la Organización Mundial de la Salud -OMS-, mecenas preocupado por la salud de la humanidad. ¿Seremos paranoicos si nos abrimos preguntas al respecto, si desconfiamos de tanta bondad? (porque alguien que evade impuestos da que pensar, ¿verdad? ¿Será que ama tanto a la humanidad? ¿Por qué no paga impuestos entonces?).

Va quedando claro que el principal perjudicado con esta crisis sanitaria global es la gran masa trabajadora de todos los países. La oligarquía internacional que maneja el mundo capitalista -que no tiene nacionalidad, en definitiva: “*El capital no tiene patria*” decía Marx- puede hoy hacer algunas mínimas concesiones para que no estalle la olla de presión. De esa cuenta, ha comenzado a hablar de la posibilidad de establecer una renta básica universal. Probablemente el “Gran Reinicio” del que se habla consista en un intento de reingeniería social a escala planetaria para seguir manteniendo inalterables sus privilegios. En esa lógica, con planes neoliberales que no terminan -¿quién dijo que el neoliberalismo está acabado?- los Estados van quedando crecientemente debilitados, siendo reemplazados por el asistencialismo de mecenas, o por ese engendro impresentable llamado “cooperación internacional”. La cada vez mayor precarización en las condiciones laborales constituye un mecanismo para aumentar las tasas de ganancia del capital, fragmentando la organización, y por tanto las luchas populares. El proceso de “oenegización” hoy día tan extendido, no es sino una forma de seguir implementando el “divide y reinarás”.

La sociedad global cada vez más se encamina hacia tecnologías de vanguardia, revolucionarias (en las que China ya le está tomando la delantera a Estados Unidos). Las fortunas más grandes se van acumulando ahora en las empresas ligadas a esas tecnologías. Llama la atención que un mecenas como Gates (que no parece tan “trigo limpio”, si es tamaño evasor fiscal y destructor de los Estados nacionales -la beneficencia no puede suplir al Estado-) se preocupe tanto de las vacunaciones. No mucho tiempo atrás, el fundador de Microsoft advertía al mundo que la gran amenaza global en este momento no era la guerra nuclear sino las pandemias, poniendo el acento en los “microbios”, no en los “misiles”. Quizá deba incluirse también en los negocios de futuro, de esos que no decrecen con la pandemia (como parece estar sucediendo con el petróleo) a la gran corporación farmacéutica, la *Big Pharma* (que durante el 2020 produjo y vendió en cantidades mayúsculas mascarillas, respiradores, gel antibacteriano, pruebas de detección de COVID-19, fármacos como Remdesivir -del fármaco cubano Interferón: ni una palabra- o las vacunas, todo lo cual está generando ganancias astronómicas). Según datos que llegan dispersos, representantes de la GAVI, la *Global Alliance for Vaccines and Immunization*, y su fundador y principal financista, Bill Gates con su benemérita Fundación, insisten cada vez más en la necesidad de una inmunización universal.

Acertadamente dice Mara Luz Polanco:

“La lógica mercantil de la industria farmacéutica también ha provocado que sus inversiones se destinen principalmente a la búsqueda de aquellos medicamentos que podrían redituar más ganancias, descuidando los necesarios para el tratamiento de otras enfermedades. Se sabe por ejemplo que las farmacéuticas desatienden la investigación para el tratamiento de

enfermedades raras, infecciosas, o la producción de vacunas porque pueden ser menos rentables que otros productos, y en general, la industria privada orientada por criterios de rentabilidad no está interesada en proyectos que requieren mayor inversión, suponen más riesgos o son de baja demanda”.

La insistencia en esa vacunación universal, exigida casi como un obligado pasaporte que permitirá moverse por el mundo y seguir integrado a la “nueva normalidad”, obliga a formularse preguntas. Una vez más, parafraseando al jesuita Xabier Gorostiaga, quien dijo que *“No somos estúpidos quienes seguimos teniendo esperanza [en un mundo más justo luego de la caída del Muro de Berlín]”,* podemos decir: *“No somos paranoicos quienes nos planteamos preguntas ante tanta confusión con la pandemia”.* ¿Por qué esta apresurada, casi desesperada necesidad de vacunación global?

Esta autorización de super emergencia que recibieron las distintas vacunas anti COVID-19 que fueron apareciendo, abrió dudas. Decisiones de excepcionalidad para el uso de medicamentos que no han sido debidamente probados -una vacuna debería pasar no menos de diez años de observación antes de ser ofrecida públicamente- se dan solo en casos de una muy grave situación de alarma, que podría permitir correr riesgos excepcionales, saltando los protocolos y controles exigidos normalmente. El pánico generado al inicio de la pandemia, básicamente inducido por los medios comerciales de comunicación a escala planetaria, preparó el terreno para la posterior aceptación de las vacunas.

El capitalismo es el capitalismo. Es decir: solo piensa en lucro empresarial, basado en un individualismo hedonista fundante. La salud pública, por tanto, es concebida de la misma manera. En otros términos: es un *valor de cambio* más, una mercancía que puede generar ganancias. La solidaridad no existe (la beneficencia y la cooperación internacional no tienen nada que ver con la solidaridad). En esa lógica, los grandes oligopolios farmacéuticos utilizaron fondos públicos para la investigación de estas nuevas vacunas, y sin que se hubiera demostrado la validez, eficacia y seguridad de las mismas, comenzaron a utilizarse. Curioso que esas empresas (estadounidenses y europeo-occidentales) lograron que sus respectivos Estados sean quienes pagarían las indemnizaciones por posibles efectos secundarios derivados de estos productos experimentales, mientras continúan negociaciones para lograr quedar exentas de toda responsabilidad civil por las eventuales secuelas producidas por sus medicamentos.

El reputado neurocirujano estadounidense Russell Blaylock afirmó que

“Dado que no se han realizado estudios sobre lo que sucede con las proteínas de pico una vez que se han inyectado y, lo que es más importante, cuánto tiempo seguirá produciendo el ARNm las proteínas de pico, no tenemos idea sobre la seguridad de estas vacunas. Moderna y Johnson & Johnson nunca antes habían hecho una vacuna. (...) Para permitir que la población use estos productos biológicos completamente experimentales, el gobierno tuvo que declarar esta “pandemia” una emergencia médica y utilizar la Autorización de uso de emergencia (EUA), que enfatiza que los agentes no están aprobados y son completamente experimentales. El

proceso de aprobación de una vacuna experimental normalmente requiere un período de hasta diez años de estudio intensivo antes de que se apruebe una vacuna”.

En estos momentos, luego ya de varios meses de estar llevándose a cabo la vacunación masiva de toda la población mundial, hay una considerable cantidad de muertes y efectos secundarios graves derivados del uso de estos medicamentos. Sin ser agoreros ni entrando en climas paranoicos, todo indica que estas vacunas, definitivamente experimentales, están usando a la población como conejillo de indias. Los efectos a largo plazo sobre la estructura genética se desconocen, no dejando de ser sugestivo -o preocupante- que, pese a todo, se fuerza a un uso obligado de las mismas. El “pasaporte sanitario” forzoso ya es un hecho.

Más allá de la efectividad o no de estas vacunas -curiosamente, las de fabricación rusa, china o cubana no ocupan la cartelera de la prensa como sucede con las de las multinacionales capitalistas-, de sus efectos secundarios nocivos a mediano y largo plazo, de las razonables dudas que todo esto pueda abrir, la ideología capitalista (individualista y hedonista) evidencia una vez más que no está en condiciones de aportar nada para una humanidad igualitaria. Vergonzosamente los países llamados desarrollados han acaparado la casi totalidad de la producción, dejando migajas para el Sur.

El Director de la OMS, Tedros Adhanom Ghebreyesus, no ahorró palabras para denunciar las asimetrías en el manejo de las vacunas y la voracidad de los más acaudalados. Consideró *“moralmente indefendible, epidemiológicamente negativo y clínicamente contraproducente”* el panorama actual. Atacando la mercantilización de la salud y la falta de solidaridad evidenciada en el manejo de la distribución de las vacunas, se refirió a los mecanismos de mercado enfatizando que son *“insuficientes para conseguir la meta de detener la pandemia logrando inmunidad de rebaño con vacunas”*, defendiendo la necesidad de planteos de políticas públicas para afrontar la crisis sanitaria. *“Tengo que ser franco: el mundo está al borde de un catastrófico fracaso moral, y el precio de este fracaso se pagará con vidas y medios de subsistencia en los países más pobres”*.

Como una medida paliativa ante esta desproporción impresentable, en el Foro Mundial de Davos en 2017 se presentó el Fondo de Acceso Global para Vacunas Covid-19, más conocido por su sigla COVAX. Es preciso puntualizar que el mismo fue fundado por la ya mencionada GAVI y por la Coalition for Epidemic Preparedness Innovations -CEPI-, ambas instancias concebidas y financiadas por la Fundación Gates. El COVAX se presenta como institución público-privada, utilizando fondos públicos (las investigaciones para generar las vacunas de los oligopolios capitalistas de allí provienen) para beneficio privado. Es un sutil mecanismo que emplea el disfraz de lo público para actuar como institución bancaria comercial, comprando las vacunas a las grandes empresas farmacéuticas (Pfizer/BioNTech, AstraZeneca, Moderna, Johnson & Johnson). Supuestamente su objetivo es garantizar el acceso igualitario a las vacunas para todos los países, pero en realidad se trata de un instrumento de los grandes capitales para defender a la *Big Pharma*. Todo indica que su cometido real no es, precisamente, la solidaridad con los más humildes sino la protección de las patentes de los oligopolios capitalistas, impidiendo en todo lo posible la distribución de vacunas producidas por instancias públicas de Rusia, China o Cuba,

bloqueando al mismo tiempo la posibilidad de producción de países que tienen la capacidad tecnológica de hacerlo, como India, Brasil, Argentina o Sudáfrica,

Como todo esto de la pandemia está aún muy confuso, nadie puede asegurar categóricamente nada. ¿Por qué, por ejemplo, Bill Gates, este mecenas multimillonario también evasor fiscal, está tan preocupado por la salud mundial? A toda esta parafernalia de la pandemia debe continuar una vacunación universal obligatoria con insumos que habrá que pagar y que, tal como están las cosas, no garantizan el fin de la crisis (la OMS y las mismas farmacéuticas están hablando de la necesidad de dosis de refuerzo). Además, la inmunidad que otorgan estas vacunas es temporal, por lo que se está entrando en un ciclo de obligadas vacunaciones periódicas. Todo indica que hay un muy buen negocio a la vista. Según se nos dice, podrán venir nuevas pandemias, a partir de nuevos agentes patógenos. “*Microbios y no misiles*” se apuntaba; ¿habrá un guión escrito? Vacunas de uso mundial casi obligado surgidas en un santiamén, saltando todos los protocolos. Son más las dudas que las respuestas, las sombras que las luces.

El modelo de producción y consumo que trajo el capitalismo no es viable a largo plazo: las pandemias serían, entre otras, una de sus ingratas consecuencias. Las respuestas técnicas -la vacunación universal- no alcanzan, porque la evidencia muestra que las mismas no llegan por igual a todos los habitantes del planeta. Se trata entonces de buscar otros caminos, establecer las relaciones humanas y los esquemas sociales sobre otros modelos sociopolíticos. Hay que pensar en alternativas, por lo que, como dijera Rosa Luxemburgo entonces: “*socialismo o barbarie*”.

El sistema capitalista, que sin ningún lugar a dudas no puede solucionar todos los problemas humanos que hoy día ya son solucionables gracias al desarrollo científico-técnico, no está agotado. Con varios siglos de existencia, sabe arreglárselas muy bien para permanecer de pie. En la guerra contra el socialismo, hoy por hoy va ganando. Pero eso no es una buena noticia para la humanidad, porque la prosperidad de unos pocos asienta en las penurias de las grandes mayorías planetarias. La situación de la salud lo evidencia de modo patético, y la actual crisis sanitaria muestra que la mercantilización de un bien tan preciado como ése lo único que trae es ganancias para unos pocos a costa de sacrificios de los más. Después de la pandemia no se ve, al menos en principio, un horizonte post capitalista. Al contrario, todo augura más capitalismo, con una super potencia en declive disputando la hegemonía mundial con otras dos super potencias (con capitalismo de Estado y capitalismo mafioso una, con socialismo de mercado la otra). Las guerras no han desaparecido de la historia, sino que siguen siendo una cruda realidad, y la posibilidad de un holocausto termonuclear está siempre abierta. Ante este mundo y la nueva normalidad que se avecina, con este “Gran Reinicio” que los capitales occidentales propician, la clase trabajadora mundial no puede sentir ninguna alegría. Si nuevas pandemias podrán venir, y la salud seguirá siendo un bien comercializable, el camino capitalista es un callejón sin salida. Por tanto, como gran tarea pendiente, estamos llamados a construir algo distinto, una alternativa a este modo de producción basado solo en el lucro, que prescinde tanto del ser humano -a quien transforma en esclavo asalariado, o lo desecha producto de la robotización- o se lleva por delante la naturaleza, olvidando que hay un solo planeta, que nuestra casa común no es una infinita cantera para explotar.

Con esperanza, pero también con realismo -y cabe aquí el llamado de Antonio Gramsci a “actuar con el pesimismo de la razón y el optimismo del corazón”- recordemos que “*El capitalismo no caerá si no existen las fuerzas sociales y políticas que lo hagan caer*”, como dijo certeramente Vladimir Lenin.

Referencias bibliográficas

Alimi, Y. et al. (2021). *Report of the scientific task force on preventing pandemics*. Harvard Global Health Institute. Disponible en: <https://cdn1.sph.harvard.edu/wp-content/uploads/sites/2343/2021/08/PreventingPandemicsAug2021.pdf>

América Latina en Movimiento -ALAI-. (2020). *Post Covid-19: Más allá de los clichés (I)*. Disponible en: <https://www.alainet.org/es/dossier/post-covid19-i>

Blaylock, R. (2021). *Vacunas: lo que necesita saber para obtener el consentimiento informado*. Disponible en: <https://www.globalresearch.ca/blaylock-vaccines-what-you-need-know-informed-consent/5752961>

Borón, A. (2020). *La pandemia y el fin de la era neoliberal*. CLACSO. Disponible en: <https://www.clacso.org/la-pandemia-y-el-fin-de-la-era-neoliberal/>

Byung-Chul Han. (2020). *La desaparición de los rituales*. Barcelona: Herder Editorial.

Cabal, E. (2020). *David Rockefeller: “Todo lo que necesitamos es una gran crisis y las naciones aceptarán el Nuevo Orden Mundial”*. Disponible en: <https://www.alertadigital.com/2013/05/18/david-rockefeller-todo-lo-que-necesitamos-es-una-gran-crisis-y-las-naciones-aceptaran-el-nuevo-orden-mundial/?fbclid=IwAR21rNcUTSgdKF1gcpM7LRp0wXRAelrkaN9KIMl4gBdTgVvajPSndxM5e9k>

Contreras, A. (2020) *La vida después del coronavirus*. Disponible en: <https://www.alainet.org/es/articulo/205651>

Curcio, P. (2021). *El negocio de la vacuna contra el covid-19; la muestra más inhumana del capitalismo*. Disponible en: <https://ultimasnoticias.com.ve/noticias/especial/el-negocio-de-la-vacuna-contra-el-covid-19-la-muestra-mas-inhumana-del-capitalismo-pascualina-curcio/>

Espinosa, D. (2020). *El tramposo Bill Gates*. Disponible en: <https://www.alainet.org/es/articulo/206298>

Ferrari, S. (2020). *Aquella solitaria vacuna cubana. Una señal de esperanza para los países empobrecidos*. Disponible en: <https://rebelion.org/una-senal-de-esperanza-para-los-paises-empobrecidos/>

Gálvez Roldán, P. (2020). *Los excelentes resultados de la estrategia de “supresión” Covid cero*. Disponible en: <https://rebelion.org/los-excelentes-resultados-de-la-estrategia-de-supresion-covid-cero/>

Ibaia, J. (2021). *Reflexiones sobre la fase post covid-19*. Disponible en: <https://insurgente.org/jon-ibaia-reflexiones-sobre-la-fase-post-covid-19/>

Infante, O. y Amado, J. (Compiladores) (2020). *La psicología de la salud en el enfrentamiento a la COVID-19 en América Latina*. La Habana: Asociación Latinoamericana de Psicología de la Salud -ALAPSA-.

Lenin, V. (2009). *El Estado y la revolución*. Madrid: Fundación Federico Engels.

Lizcano, M.F. (2021). *La probabilidad de que se produzca otra pandemia es “mayor que nunca”*. Disponible en: <https://rebelion.org/la-probabilidad-de-que-se-produzca-otra-pandemia-es-mayor-que-nunca/>

López y Rivas, G. (2020). *Necropolítica, colapso y coronavirus*. Disponible en: <https://www.jornada.com.mx/2020/03/20/opinion/018a1pol>

Maestro, A. (2021). *La covid, los gobiernos de la UE y las multinacionales farmacéuticas*. Disponible en: https://rebelion.org/la-covid-los-gobiernos-de-la-ue-y-las-multinacionales-farmacenticas/?fbclid=IwAR2IJVN1ZK4gEvbXLK1ykrem_bk6-ejbkVliwITIKXzBVL-KXV7yLwyaHM

Nasio, J.D. (2021). *Tout le monde peut-il tomber en dépression?: Une autre manière de soigner la dépression*. París: Désir Payot.

National Intelligence Council -NIC-. (2008). Washington: “*Global Trends 2025: A Transformed World*”. Washington: NIC.

Nobile, M. (2020). *Un solo mondo, una sola salute, una sola umanità*. Disponible en: <https://www.sinistrainrete.info/societa/17511-michele-nobile-un-solo-mondo-una-sola-salute-una-sola-umanita.html?highlight=WyJtaWNoZWxlIiwJ21pY2hlbGUiLCJub2JpbGUiLCInbm9iaWxlJyIsInBhbmlRlbWlhlIiwibWljaGVsZSBub2JpbGUiLCJub2JpbGUgcGFuZGVtaWEiXQ==>

Organización Internacional del Trabajo -OIT-. (2021). *Anticipate, prepare and respond to crises. Invest now in resilient osh systems*. Ginebra: Organización Internacional del Trabajo.

Organización Panamericana de la Salud -OPS/OMS-. (S/F) *El Noma o cancrum oris*. Disponible en: https://www.paho.org/hq/index.php?option=com_content&view=article&id=7415:2012-noma-cancrum-oris-oral-health&Itemid=675&lang=es

Organización Mundial de la Salud -OMS-. (2020). *El Covid-19 no será “la última pandemia”, advierte la OMS*. Disponible en:

<https://www.jornada.com.mx/notas/2020/12/26/mundo/el-covid-19-no-sera-la-ultima-pandemia-advierte-la-oms/>

Polanco, M.L. (2021). *Concentración del capital, industria farmacéutica y desigualdades en torno a la distribución de vacunas contra el COVID-19*. Guatemala: Universidad de San Carlos de Guatemala.

Ponce, M. y Sojuel, D. (Compiladores). (2021). *Salud mental en época de la COVID-19*. Guatemala: Universidad de San Carlos de Guatemala.

Pueyo, T. (2020). *Coronavirus: Por qué tenemos que actuar ahora*. Disponible en: <https://www.pagina12.com.ar/253133-coronavirus-por-que-tenemos-que-actuar-ahora>

Ramonet, I. (2020). *Coronavirus: La pandemia y el sistema-mundo*. Disponible en: <https://www.pagina12.com.ar/262989-coronavirus-la-pandemia-y-el-sistema-mundo>.

Riechman, J. et al. (2020). *Manifiesto la necesidad de luchar contra un mundo 'virtual'*. Disponible en: <https://www.zabaldi.org/index.php/es/semana-de-la-solidaridad/12-noticias/700-manifiesto-la-necesidad-de-luchar-contra-un-mundo-virtual>

Robinson, W. (2020). *La economía post-covid puede tener más robots, menos puestos de trabajo y vigilancia intensificada*. Disponible en: <https://www.elsaltodiario.com/crisis-economica/economia-post-covid-mas-robots-menos-puestos-trabajo-vigilancia-intensificada>

_____ (2021). *El capitalismo global y la crisis de la humanidad*. México: Siglo XXI.

Rodríguez Gelfenstein, S. (2021). *Estados Unidos trata inútilmente de politizar la pandemia*. Disponible en: <https://connuestraamerica.blogspot.com/2021/08/estados-unidos-trata-inutilmente-de.html>

Schwab, K. y Malleret, T. (2020). *Covid-19: El gran reinicio*. Colonia/Ginebra: Foro Económico Mundial.

Toussaint, E. (2020). *La pandemia del coronavirus se enmarca en una crisis multidimensional del capitalismo*. Disponible en: <https://www.cadtm.org/La-pandemia-del-coronavirus-se-enmarca-en-una-crisis-multidimensional-del>

Twohey, M. et al. (2020) *Los países prósperos aseguraron sus vacunas, pero 'han vaciado los estantes' para el resto*. Disponible en: <https://www.nytimes.com/es/2020/12/17/espanol/vacunas-paises.html>

UNESCO. (2020). *La nueva normalidad*. Disponible en: <https://es.unesco.org/campaign/nextnormal>

Vandepitte, M. (2021). *La crisis de la covid expone dolorosamente las tendencias pueriles de la democracia occidental*. Disponible en: <https://rebelion.org/la-crisis-de-la-covid-expone-dolorosamente-las-tendencias-pueriles-de-la-democracia-occidental/>

Varios autores. (2021). *Desacatos. Revista de Ciencias Sociales*. N° 65. La pandemia que cambió el futuro.

Disponible en: <https://desacatos.ciesas.edu.mx/index.php/Desacatos/issue/view/115>

Wang Zhou (Editor). (2020). *The coronavirus prevention handbook*. (Versión en español). Hubei Science and Technology Press.

Disponible en: <http://mppre.gob.ve/wp-content/uploads/2020/03/Libro-de-prevencio%CC%81n-del-CORONAVIRUS-traducido-al-espan%CC%83ol..pdf-2.pdf.pdf>

Zepp-LaRouche, H. (2020). *La última iniciativa del Instituto Schiller*. Disponible en: <https://www.mentealternativa.com/larouche-resolucion-para-una-resistencia-mundial-al-fascismo-global-y-detener-la-toma-de-control-de-la-banca-central/>

Ziegler, J. (2014). En Pascual Ramos, A.: *Las causas estructurales de la inseguridad alimentaria en África del Este: Un acercamiento a los factores socioeconómicos, políticos y culturales que obstaculizan el acceso al alimento en la región*. Documento de Trabajo N° 30. Madrid: Instituto Universitario de Desarrollo y Cooperación. Disponible en: https://www.ucm.es/data/cont/docs/599-2014-05-19-PLMP_Andrea_Pascual.pdf

Zizek, S. (2020). *El coronavirus es un golpe a lo Kill Bill al sistema capitalista*. Disponible en: <https://www.semana.com/cultura/articulo/slavoj-zizek-el-coronavirus-es-un-golpe-a-lo-kill-bill-al-sistema-capitalista/658098/>